DE RUTA POR **FRANCIA, SUIZA Y BÉLGICA**

Un par de peras. Así se llama esta pareja tan simpática, que se ha animado a contarnos un viaje que realizó por nuestros países vecinos. Toulouse, Lyon, Ginebra, Lille, Amberes, Brujas o París son sólo algunas de las ciudades de las que pudieron disfrutar en esta aventura, cargada de anécdotas divertidas y de pequeños contratiempos que supieron resolver al instante. Sònia y Anna nos cuentan en este número todos los detalles de su fantástica ruta. ¡Que la disfrutéis!

Texto y fotos: Un par de peras

SOMOS Sònia y Anna, dos locas soñadoras que, secretamente, nos hicimos una promesa a nosotras mismas: la de ser fieles a nuestros sueños, la de escuchar nuestro corazón, que nos decía «vivid el aquí y ahora. No viviremos para siempre». Esta idea nos aterra, nos impulsa a aprovechar cada día intensamente y a vivirlo como nosotras queremos, sabiendo y demostrándonos que cada día es especial y único. Queríamos luchar contra la tiranía del tiempo, la cual no perdona y, a veces, se lleva muchos sueños por delante. Porque el día a día está lleno de sueños que no se realizaron... Un libro que no se escribió, una canción que nunca fue compuesta, ese pequeño negocio que nunca se abrió, el invento que se quedó por descubrir... o el viaje que siempre quisiste hacer y que nunca hiciste.

Nuestro sueño es viajar. Ver el mundo. Descubrir cada día cosas nuevas, con la misma ilusión con la que lo hace un niño. Que el día a día nos maraville. Ahora aquí y después allá. Por eso, cuando acabamos la carrera, decidimos empezar nuestra aventura.

En este viaje no dejamos de lado nuestras cámaras y nuestra profesión, es decir Comunicación Audiovisual. Si emprendíamos un viaje así de vital..., ¿por qué no conjuntarlo con nuestra vocación? Así que, emprendedoras de nuestro propio proyecto, decidimos crear una marca audiovisual patentada y registrada, llamada... «Un par de peras» (¿qué mejor nombre para dos chicas jóvenes con agallas?). Bajo esta marca creamos nuestra webserie viajera, que se emite vía YouTube donde se muestran nuestras aventuras autocaravaniles.

Así que con unos pocos ahorros, una autocaravana Ford Riviera Capuchina de 1996 y mucha ilusión eran los ingredientes principales de este viaje. No concebíamos un viaje guiado por el alma con GPS, así que lo dejamos en casa. Tampoco formulamos una ruta, porque nuestra filosofía era la de pararnos y visitar todo aquello que nos llamara la atención por uno u otro motivo.

Así, que el pensamiento «vivir el aquí y ahora como queremos» se convirtió en nuestra religión a lo largo del viaje. Nuestra primera parada, antes de cruzar la frontera fue Rupit y Pruit, un

Lyon / CC (Flickr)
Net Circlion

Carcassone, Francia.

encantador pueblecito de la comarca de Osona. Este primer destino parece sacado de un cuento. Casitas en las laderas de las montañas, un río que pasa por el centro medio jugando con las rocas a ver quién es más fuerte y un puente colgante son algunas de las maravillas que encontramos allí. En Rupit hay un parquin habilitado para autocaravanas, caravanas y coches por cinco euros la noche; es la única opción si quieres pasar la noche en ese pueblito de ensueño con tu autocaravana.

DIRECCIÓN: FRANCIA

Es decir, hacia el norte, hacia Francia. Aunque antes de cruzar la frontera teníamos que realizar la «super compra», antes de que los precios franceses invadiesen nuestros bolsillos. Así que nos paramos en La Jonquera (también apodada por nosotras cómo la Ciudad del Pecado, podéis imaginaros el porqué) para llenar la despensa de nuestra pequeña y poder aguantar el máximo tiempo sin comprar alimentos para ahorrar lo máximo posible. Nos aparcamos en un parquin de un supermercado gigante con productos igual de gigantes. Todo era enorme en la Jonquera, ya que al ser la frontera, había muchos franceses que atraídos por los bajos precios en comparación a su país, venían a comprar en cantidades industriales. Como se nos hizo de noche, dormimos en el mismo parquin (enorme también) del supermercado, acompañadas de otras autocaravanas.

Sainte-Énimie, Francia.

EN CARCASSONE

Antes de llegar a Carcassone paramos a pasar la noche en Narbonne, en un parquin de las afueras, ya que nos fue imposible encontrar un área de servicio. Así pues, pusimos rumbo hacia esa maravillosa ciudad de la cual habíamos oído hablar tanto.

Como si de un castillo de la famosa serie Juego de Tronos se tratara, Carcassone se alzó ante nosotras como un imperioso y respetable lugar. Al lado del castillo hay un área para autocaravanas, que fuimos incapaces de encontrar. Seguimos las señales y siempre acabábamos en el mismo sitio. Así que decidimos ir a buscar en la ciudadela por nuestra cuenta. Aparcamos al lado de una de las entradas del castillo, en cinco minutos estábamos arriba. Bueno quince, porque la subida era mortal. Disfrutamos de un paseo por la Edad Media y de un espectáculo de ficción muy entretenido sobre caballeros y reyes.

Después de dos días cual medievales, nos fuimos con nuestra pequeña a otra parte. Aunque no dejamos totalmente de lado la inmersión histórica, puesto que la batería de nuestra autocaravana no iba muy bien. Cuando estábamos paradas dos días en un mismo sitio, la batería no se cargaba. Necesitábamos enchufarla a la corriente o recorrer unos cuantos kilómetros a diario para tener luz en la casita. Así que, de vez en cuando (por no decir siempre) volvíamos a la era medieval y cenábamos a la luz de las velas. Pero, lejos de parecernos un inconveniente, disfrutábamos de cada pequeño problema transformándolo en una oportunidad. ¿No es la mejor excusa para un ambiente más romántico?

Con esta mentalidad y positivismo seguimos hasta la siguiente parada: Tolouse. Al llevar esta dinámica pensamos que al llegar a Toulouse un parquin magnífico iba a aparecer a la primera de cambio en una de las ciudades más importantes de nuestro país vecino. Contra todos nuestros pronósticos positivistas no fue así, nos vimos dando vueltas por la ciudad durante dos largas

e insufribles horas. En uno de los momentos de máxima desesperación divisamos a lo lejos una pequeña casita con ruedas. Así que decidimos seguirla como si de una película de acción se tratara; pensando que esa autocaravana nos llevaría al dulce remanso de descanso y paz. Os podéis imaginar a estas alturas del relato que no fue así. Nos llevó hasta las afueras de la ciudad, teníamos que dar la vuelta inmediatamente o nos pondríamos en dirección a Albi. Otra vez, siguiendo nuestro instinto (porque no seguíamos otra cosa además de los carteles) volvimos a entrar en la gran urbe. Esta vez, nos propusimos preguntar a la gente. No a cualquiera, sino a los «autobuseros». Conducen cada día horas y horas por la ciudad, así que ese fue nuestro fichaje para conseguir llegar a un aparcamiento de autocaravanas. Pero no tardaron en llegar las malas noticias. En Toulouse no hay párquines para autocaravanas. Puedes encontrar zonas tranquilas pero todas se tienen que pagar.

¡Vaya hombre! En nuestra religión pagar por dormir sólo tenía sentido en un camping. Por suerte, como habíamos dado tantas y tantas vueltas cuando llegamos a la equivalente zona azul, ya no se tenía que pagar. Después de esa pequeña victoria, aparcamos en un barrio residencial llamado Boulevard Griffoul Dorval muy cerca del centro y del Jardín de Plantas de la ciudad.

Al día siguiente fuimos a visitar la ciudad y decidimos alquilar una bici durante un día; ya que esta opción nos permitiría ver Toulouse, movernos fácil y rápidamente por la ciudad. Alquilar una bici durante un día cuesta alrededor de tres euros, así que ésta nos pareció la mejor opción. El Jardín de Plantas es un magnífico lugar para hacer un picnic y así lo hicimos. Por la tarde fuimos a visitar el centro de la ciudad. Llegamos a la «Place du Capitole», impresionante y preciosa plaza, punto de reunión en la ciudad. Para sorpresa nuestra se estaba ensayando un importante espectáculo de equilibristas, así que cámaras y grabadora en mano fuimos a preguntar. Los equilibristas nos explicaron que al día siguiente ofrecerían el espectáculo abierto y gratuito para todo el mundo. Hacían un homenaje a una pareja de equilibristas, que se casaron en la misma plaza hace sesenta años; eso sí sin cuerdas ni alta seguridad, como los artistas con quienes hablábamos. Al día siguiente no faltamos al espectáculo, que nos mantuvo el corazón en vilo en más de una ocasión. ¡Suerte de las cuerdas!

La siguiente parada fue Albi, una ciudad preciosa situada a orillas del río Tarn. No teníamos previsto parar allí, ya que no sabíamos que era tan bonita. Sin embargo, la casualidad o el destino (y sobre todo nuestras barrigas rugiendo de hambre) quisieron que nos parásemos allí. ¡Y menos mal! Porque ambas encontramos un par de tréboles de cuatro hojas, al lado del río.

Annecy, Francia.

Bendecidas por la diosa fortuna y llenas de energía, continuamos la ruta. Quizá nuestros nuevos amuletos de la suerte no fueron tan efectivos como nos imaginamos, porque de camino a Lyon, tuvimos un pequeño incidente... Nos encontrábamos en un pueblo de paso, cerca de Rodez, donde pasamos la noche. La mañana siguiente amaneció soleada y parecía que nada podía alterar nuestro buen humor. Además, era día de camping. Para nosotras ir de camping significaba tener toda clase de lujos y comodidades que en nuestro día a día no teníamos (electricidad, agua caliente para ducharnos, internet…), así que era como nuestro fin de semana, y sólo lo hacíamos una vez por semana, porque nuestra economía no daba para tanto.

Con la miel en los labios y visualizándonos ya en nuestra parcela soleada del camping, la autocaravana esa mañana dijo no. «No, no pienso moverme. Estoy cansada de ir de aquí para allí, y aquí me quedo». No entendíamos porque nuestra pequeña no quería llevarnos a otro lado. No podíamos arrancarla. Preguntamos a seis o siete camioneros (ya que nos encontrábamos en un parquin de camiones) y todos coincidieron en que el problema estaba en una pieza del volante que no hacía contacto. Ya no se podía desbloquear.

Así que ese día nos quedamos sin el tan deseado y esperado camping, pero el seguro nos cubrió una noche de hotel. ¿No queríamos comodidades? ¡Pues aquí tenéis! Conclusión: vigila con lo que deseas porque se puede cumplir. Fue una lección del destino que aprendimos muy bien.

Después de este pequeño parón en nuestra ruta, seguimos subiendo y paramos en Mende. Mende lo recordamos por cuatro cosas primor-

Thun, Suiza.

diales: la primera porque fue en un Macdonalds de esta ciudad donde colgamos el primer capítulo webserie de nuestra aventura en YouTube. El Macdonalds fue, en esta aventura, nuestra segunda casa; porque es un sitio calentito y discreto para poder beneficiarnos del wi-fi toda la tarde. En segundo lugar, recordamos Mende por su inmensa catedral. La tercera, por su céntrico y buen parquin para autocaravanas. La cuarta y la última por ser un pueblo fantasma. Pasamos la noche en ese maravilloso parquin y seguimos la ruta subiendo aún más, acercándonos a una de las ciudades más importantes de Francia.

Pero antes, nos dejaríamos guiar otra vez por el instinto. Condujimos por una carretera secundaria preciosa que une Mende con Le Puy en Velay. Llegamos a este lugar y quedamos maravilladas. A lo lejos empezamos a distinguir una especie de bola iluminada en medio de la ciudad. Nos preguntábamos qué era y estábamos tan y tan intrigadas que decidimos conducir hasta el centro de la ciudad. Lo que descubrimos fue increíble. En medio de Le Puy en Velay se alzan dos increíbles, extrañas y maravillosas montañas. Encima de una está la Église Saint-Laurent y en la otra montaña hay una gigantesca Virgen María con Jesús en brazos (pero para que parezca gigante desde abajo, imaginaos cómo debe de ser).

Dormimos debajo de la montaña de la Iglesia donde había un pequeño parquin de seis plazas que esperaba llenar la última plaza con nosotras. ¡Qué suerte tuvimos!

Después de visitar esta maravillosa ciudad, nos dejamos sorprender, una vez más, por el azar y la casualidad. Íbamos por la carretera dirección a Lyon, cuando, un panel de la carretera llamó nuestra atención. Como no teníamos ruta fija y seguíamos nuestro instinto, nos dejamos llevar. El resultado nos dejó atónitas. Bajamos por una carretera estrecha llena de curvas (toda una hazaña con la autocaravana) y llegamos a un pueblo de cuento de hadas llamado Sainte-Enimie, situado en un valle encantador (¡y encantado!). Recorrimos sus calles empedradas y disfrutamos de sus miradores, que ofrecen vistas privilegiadas de este pueblo rodeado de naturaleza y tranquilidad. Sin lugar a dudas, las Gorges du Tarn son el principal reclamo turístico de este pueblecito.

Después de este remanso de paz, continuamos nuestra ruta. La siguiente parada era Saint Etienne, a unos 60 km de Lyon, aproximadamente. Sin querer, nos lo pasamos en la autopista, así que decidimos continuar el camino sin mirar atrás. Al cabo de poco, llegamos a la magnífica ciudad de Lyon. Aunque hacer las cosas sin previsión, como podréis comprobar tiene su lado bueno, aprendimos, en esta ocasión, que también tiene su parte negativa. No sabemos qué locura nos dio por entrar en esta inmensa ciudad justo al caer la noche, sin ni siquiera mirar dónde podíamos aparcar. Estuvimos cerca de dos horas intentando encontrar aparcamiento, pero Lyon no es una ciudad habilitada para nuestra pequeña. Era sábado noche y desde nuestra autocaravana podíamos ver el ajetreo de la ciudad en esa magnífica y gloriosa noche lyonesa que nos quedaríamos sin disfrutar, porque no pudimos aparcar pese a nuestros intentos. Así que no tuvimos más opción que ir a un pueblo alejado, donde encontramos un gran parquin donde pasar la noche, alejado del movimiento nocturno de la gran urbe. «Saturday parquin night», con este nombre es como recordamos aquella noche.

Al día siguiente, con las pilas recargadas, y llenas de energía para el segundo intento de aparcamiento, volvimos a la jungla del parquin. No sabíamos dónde aparcar y sin querer nos metimos en el centro de la ciudad, tranvía incluido, subimos a lo alto y luego tuvimos que bajar por una carretera muy estrecha y con alguna que otra pronunciada curva. Finalmente (y tras mucho tiempo de desesperación) pudimos aparcar, a un lado del río Roîne (¡y sin pagar!). Estábamos a una media hora andando del centro, en una avenida llamada «Avenida Leclerc».

Cuando al fin pusimos pies en la tierra (aunque con la cabeza siempre en las nubes) visitamos esta fantástica ciudad, disfrutando de su vitalidad y de su ajetreado ambiente y de su patrimonio histórico y arquitectónico, que cuenta con una gran superficie como patrimonio de la Humanidad de la UNESCO. Lyon nos enamoró tanto como nos cansó. Es una inmensa ciudad con mil rincones que descubrir y visitar. Esa noche dormimos donde habíamos aparcado (¡con lo que nos costó!)

Castillo Chillón, Suiza.

y al día siguiente partimos a un nuevo destino.

Pusimos rumbo a Annecy, una pequeña ciudad de ensueño, que parece sacado de algún cuento de los hermanos Grimm. Annecy cuenta con un parquin exclusivo de autocaravanas al lado de su lago, el «Lago azul». Incluso si ahí no hay sitio puedes dar un poco de rodeo por el lago y puedes aparcar en esos pueblos que también tienen parquin y puedes pernoctar con autocaravana. Eso sí: no más de dos noches. En Annecy nos dimos un capricho: un queso típico de esas tierras entre las montañas de Saboya. ¡Qué bueno y qué poco duró!

Sin pensarlo, pasamos la frontera dirección a las tierras de Heidi. Compramos lo que se llama la «vignette» para poder circular por las autopistas de Suiza tranquilamente. Nos costó unos 40 euros y la verdad que recomendamos comprarlo, por el simple hecho de ir tranquilos y no estar pendiente de por qué carreteras te metes. Después de esta primera inversión llegó la segunda y la peor: el combustible.

En medio de Ginebra, con reserva y muchos nervios nos metimos en la primera gasolinera que encontramos. Nos arruinamos y allí empezamos a tomar la decisión que nuestra ruta por Suiza sería corta e intensa. Salimos del alboroto de Ginebra para empezar a rodear el lago Lemán y maravillarnos con esos paisajes de ensueño.

VISITANDO MONTREUX

Montreux fue nuestro primer destino, allí paseamos alrededor del lago y visitamos el famoso Castillo de Chillon. Después de este día turístico tan completo, nos dirigimos a Lavaux donde presenciamos la puesta de sol más bonita de nuestra ruta.

Todo parecía muy idílico, pero el combustible nos hacía descender a la realidad cada dos por tres. Así que decidimos ir a Gruyère y comernos una fondue típica, allí dormimos una noche en el parquin de la fábrica de queso «La Maison de Gruyere». Al día siguiente visitamos Thun y continuamos la ruta dirección frontera Suiza con Italia para visitar Lugano y Como. Estuvimos un buen rato subiendo una montaña, íbamos con segunda y tercera puesta, para que os hagáis una idea de la pendiente. Ya no sabíamos ni dónde estábamos, era la primera vez que nos perdíamos y no nos gustaba. Finalmente vimos un hotel donde nos paramos a preguntar a los trabajadores dónde estábamos y dónde podíamos dormir. Nos indicaron el camino a un pueblecito llamado Lungern. También nos advirtieron que era una locura dirigirse a Italia en esta época del año; ya que hay dos pasos y uno estaba cerrado por nieve y el otro era peligroso y muy caro. Dormimos en Lungern y cuando despertamos, creíamos estar en el pueblo de Heidi. Aparcamos al lado de la iglesia. Al salir de allí, subiendo la misma montaña hay un mirador que te regala un paisaje que seguro no podremos olvidar nunca más. Como nuestra ruta se torció y nuestro bolsillo se rompió, nos adaptamos a las circunstancias y decidimos irnos de Suiza, si no nuestro viaje acabaría pronto; lo llamamos «El crack de Suiza».

Cómo es el karma y cómo es la casualidad. Salimos de Suiza por Basel. Arruinadas, pero ricas en paisajes indescriptibles, volvimos a Francia pasando por Delémont y nos estacionamos en Chavannes-sur-l'Étang. Si tenéis la oportunidad de ir allí, id, aunque sea sólo para estacionar en su área para autocaravanas. Vale la pena. Es un camping, pero sin ser un camping. Descan-

Lungern, Suiza.

samos ahí tres días, con electricidad, agua, luz y sin pagar, ya que no había nadie en la oficina. Estamos hablando de mediados de noviembre.

Descansadas y recuperadas nos dirigimos hacia Troyes. Su casco antiguo te hace entrever que estás cerca de las tierras de Bélgica. Casas de madera a rayas, chocolate y una catedral que se alza como una obra de arte. En las afueras de Troyes hay un gran descampado, donde aparcamos la pequeña acompañada de otras autocaravanas. Pusimos otra vez la pequeña en danza y nos dirigimos a Reims. Llovía y hacía mucho frío, así que siendo sinceras sólo visitamos la catedral, que es patrimonio de la UNESCO, y nos dimos una pequeña vuelta por la ciudad.

En este punto de la ruta decidimos si acortarla e ir hacia la izquierda del mapa (París) o seguir un poco más al norte e ir a Bélgica. A estas alturas de la historia, podéis imaginar lo que escogimos: ampliar la ruta. Así que una vez más, un sábado por la noche nos presentamos a una de las ciudades más preciosas y conocidas de Francia: Lille. Os podéis imaginar también lo que pasó: colapso total de tránsito. Aunque esta vez íbamos más preparadas que en Lyon, sabíamos de la existencia de un parquin en el centro de la ciudad. Buscamos, preguntamos y, por fin llegamos a la Citadelle de Lille, donde se hallaba ese parquin. Desafortunadamente, estaba cerrado para las autocaravanas, ya que en esas fechas había un circo. Así pues, nos dirigimos al pueblo de al lado donde aparcamos delante de la policía municipal a falta de sitios en otras calles.

Visitamos Lille y nos dejamos sorprender pos sus rincones más mágicos y bohemios. Al ser domingo, la gran mayoría de tiendas estaban cerradas y el ambiente no era el más alegre que habíamos visto, pero la belleza de las calles y sus edificios nos solventó esa falta de ambiente festivo, típico de un sábado y no de un domingo.

Estábamos pasando un atardecer tranquilo… cuando, de pronto, decidimos no esperar al día siguiente e irnos ya para Bélgica y dormir allí. Llegamos a Kortijk, una preciosa y acogedora ciudad belga. Llegar allí y encontrar parquin aquella misma noche, fue un nuevo reto ya que no estábamos en Francia y todo volvía a ser nuevo y desconocido otra vez. Dos simpáticos y amables habitantes de aquella ciudad (que hablaban flamenco pero que, para nosotras, parecían hablar un idioma totalmente inventado) nos guiaron a un parquin para autocaravanas en Broeltorens, un barrio de Kortijk.

Después de visitar la adorable Kortrijk, seguimos haciendo ruta por este fantástico país. Siempre haciendo caso al corazón, llegamos a Tournai. No habíamos oído hablar nunca de esta ciudad, y la verdad es que nos sorprendió por su belleza. Su campanario, el más antiguo de Bélgica, y su catedral son patrimonio mundial de la UNESCO. Además es una ciudad muy preparada para las autocaravanas. Dispone de un área municipal enorme para nuestras casitas con ruedas y muy cerca del centro de Tournai.

Brujas, Bélgica.

Después de esta sorprendente ciudad llegamos a la magnífica Amberes, la ciudad más grande de Flandes. Disfrutamos de sus calles medievales, sus monumentos y su ambiente ajetreado. Pero no podíamos disfrutar mucho tiempo más de sus encantos, puesto que ya iba quedando menos para la vuelta a casa y aún nos quedaba mucho por descubrir.

EN BRUJAS

Un destino de Bélgica que no queríamos perdernos era Brujas, la última ciudad que visitamos antes de emprender el viaje de vuelta a casa. Así que decidimos disfrutar y vivir Brujas al máximo. En Brujas hay un parquin para autocaravanas, pero consideramos que era muy caro para las pocas prestaciones que tenía. Así que nos estacionamos en un barrio más alejado y tranquilo, lejos del ajetreado centro de la ciudad pero sólo a unos veinte minutos a pie.

Estacionamos y pernoctamos allí durante dos días. Fueron dos días repletos de magia, ya que esta ciudad es una de las más bonitas que hemos estado en este viaje. Estaba especialmente bonita en esta época del año, ya que se acercaba la Navidad, y todas sus calles se vestían de luces y de alegría. ¡Pero qué frío pasamos! Valió mucho la pena. Disfrutamos de cada rincón acogedor,

Biarritz.

de su gente, de su comida deliciosa (No podíamos perdernos sus especialidades gastronómicas, como los gofres, las patatas con mayonesa, bombones de todo tipo de chocolate y formas…).

Después de esos dos mágicos días, la vuelta a casa ya era inminente, o eso sentíamos nosotras aunque decidimos no pensarlo. De Brujas nos fuimos para la costa a Dunkerque y dormimos en una área municipal al lado del mar. Todo nos salía bien. Seguíamos descendiendo por la costa: Calais, Bolougne-sur-Mer… En todos estos bonitos pueblos bañados por el mar no hay problema para pernoctar, ya que disponen de más de un área o parquin para nuestras pequeñas. Desde la costa empezamos a adentrarnos para llegar a la capital francesa: París. Llegamos a la capital por Amiens, donde pernoctamos en un camping.

París…Cómo explicar esa dulce y amarga sensación a la vez de estar conduciendo por una ciudad con seis carriles y sin mapa. Esta vez, y contra todo pronóstico, miramos donde se podía pernoctar libremente por París. Descubrimos, entre blogs y noticias, que la ciudad disponía de un parquin gratis donde se podía pernoctar tranquilamente, llamado Château de Vincennes. Es una zona en las afueras de París donde los parisinos van a correr y a dominguear. Está muy bien conectado con el centro en metro; además es la línea principal de París (amarilla) la que pasa por todos los puntos neurálgicos de la metrópolis. Nos dirigimos como pudimos hacia el suroeste de la ciudad para encontrar ese oasis en medio de tantos edificios y coches.

Por fin llegamos, con una desilusión inmediata: al parquin le habían puesto cadenas y señales de prohibido aparcar. Decidimos merodear por la zona sin desanimarnos ¡Ésa tenía que ser la zona de descanso! Encontramos una calle muy larga y sin salida, donde descubrimos a más pequeñas como la nuestra. Hemos de decir que, cuando llevábamos allí tres días, cambiamos la autocaravana de sitio, aparcándola justo enfrente de la carretera principal, porque por la noche había mucho alboroto.

Estuvimos en París (allí nos esperaba el reencuentro con una buena amiga); una semana disfrutando de todos los rincones de la ciudad y descubriendo más, ya que una de nosotras había vivido un año allí. Visitamos los típicos museos: el Louvre (infinito) y Pompidou. A los otros típicos no llegábamos, porque siempre vamos tarde.

VUELTA A CASA

Después de París la vuelta a casa estaba cada vez más cerca. La ruta no planeada era ir a Bretaña y bajar por la costa francesa hasta llegar al País Vasco, y de ahí volver a Girona. Pero como sólo teníamos diez días, debíamos asumir que no podíamos visitarlo todo. Teníamos que escoger entre una cosa o la otra. La decisión, obviamente, era muy dura: ¿Seguir por la bella y sofisticada Francia? ¿O ir más rápido y llegar al País Vasco? Finalmente, decidimos ir a comernos unos buenos pinchos y visitar a unas buenas amigas que viven en esta preciosa tierra.

Fuimos bajando por la carretera más próxima a la costa y pernoctando en diferentes pueblos playeros, muy bien preparados para este tipo de turismo. Llegamos a la maravillosa Biarritz. Nos fascinó. Presidida por un maravilloso faro donde se encuentran las mejores vistas; Biarritz es una ciudad donde el mar, salvaje y libre, está presente en todos momentos. Dormimos en un área de pago, ya que la ciudad está llena de señales que prohíben el estacionamiento de autocaravanas en la calle.

Después de Biarritz, llegamos a Hendaya, donde es posible estacionar y pernoctar en la calle. Eso sí, en verano está prohibido. Aparcamos nuestra casita de ruedas al lado del mar. Dejamos estacionada varios días la autocaravana en Hendaya y desde ahí nos movimos por el territorio próximo: Hondarribia, Irún, San Juan de Luz, y San Sebastián. Los pinchos y la presencia del mar pusieron el punto final a este precioso e inolvidable viaje.

Para nosotras este viaje ha sido más que eso. Ha sido una manera de descubrir el mundo, palparlo e incluso nos atreveríamos a decir a comérnoslo. Nos hemos guiado por el instinto, sabiendo que todo iría bien. La libertad ha sido nuestra religión, desde el momento en que puedes decidir dónde vas, cómo vas, con quién vas y qué quieres ver. Seguimos trabajando en nuestro proyecto para que esto no quede sólo en un sueño. SEGUIMOS SOÑANDO.